La flecha

- ¿Y tú? ¿Por qué estás haciendo el Camino?

La sobremesa iba bien, hasta que aquel cretino tuvo que hacer la jodida pregunta. En cualquier otra época de mi vida, le hubiera soltado algún exabrupto. Uno no debe entrometerse en la vida de los desconocidos y menos hurgar donde duele. Los segundos que tardé en responder me sirvieron para poner freno a mis palabras y no insultarlo directamente.

- Eso me lo callo.

Noté que las palabras se me trababan un poco. El vino que había acompañado a la comida era peleón, pero no esperaba que me hiciera efecto. De joven habría sido capaz de beberme otras tres botellas. Menudas cogorzas cogía. Mis compañeros de mesa se fueron levantando uno a uno y se encaminaron al albergue. Yo me quedé un rato más en el bar. Era una aldea miserable, pero al menos la comida había sido buena y abundante. Me dio por pensar en mi hijo. Yo no soy mucho de darle vueltas a la cabeza y quizá el licor de café tuvo algo que ver. Hacía una semana que había recibido un whatsapp de voz de un número desconocido. Era un chico joven que me removió las tripas. Decía que era mi hijo y que quería conocerme. Joder, eso no se hace. Reconozco que siempre he sido un culo de mal asiento. De muchos trabajos me echaban, pero de otros me iba yo. Con las mujeres también ha pasado igual. Al principio te ilusionas, pero luego te das cuenta de que intentan amarrarte. Yo no sirvo para eso. Cuando empezaban a hablar de futuro las dejaba. De una de aquellas novias de dos semanas salió el hijo este. Hace años la madre quiso que me hiciera cargo de él. Recuerdo que hasta dos años después de nacer el crío estuve recibiendo notificaciones de sus abogados. Al final se olvidaron de mí o me perdieron la pista. Yo no he nacido para estar ligado a nadie. Eso no va conmigo. Cada vez que el recuerdo de ese niño cruzaba por mi cabeza encontraba una buena cerveza fría para ayudarme a olvidar.

He estado muchos años dando tumbos, pero poco a poco voy teniendo los huesos cada vez más duros, así que, cuando la última novia que tuve tiró mi ropa

por el balcón, decidí que tenía que hacer algo. Aquella noche el bar estaba desierto y en la televisión había un documental sobre el Camino de Santiago. Acababa de cobrar y calculé que en el Camino tampoco gastaría mucho. No tenía nada mejor que hacer y pensé que si a todo el mundo le había servido para poner orden en su vida, igual me ayudaba a decidir qué hacer con la mía.

Al principio me sentía perdido. El mejor recuerdo que tengo de esa esos días es que podía dormir gratis en algunos albergues y en otros incluso te daban el desayuno. Por las mañanas me levantaba, recogía mis cosas y empezaba a caminar. Luego, al llegar, me duchaba, lavaba la ropa y buscaba un sitio barato para comer. Es extraño. Yo siempre me he movido por impulsos, pero creo que aquella rutina me hizo bien. Incluso empecé a ver pequeños detalles que no sabría explicar. En mi vida, cuando llegaban las dificultades, mi reacción era siempre abandonar. Sin embargo, en el Camino, en las cuestas, apretaba el paso y me animaba a mí mismo a no rendirme. Puede parecer una tontería, pero la sensación de plenitud que tenía cuando alcanzaba la cima no la había sentido nunca y comenzó a rondarme la idea de que huir quizá no había sido siempre la mejor estrategia.

Justo en esos días recibí el *whatsapp*. Mi primera idea fue hacer lo que siempre había hecho cuando el recuerdo de mi hijo me atormentaba. Pillarme una buena botella de vino del país. Sabía que a partir de los tres cuartos el fantasma del remordimiento desaparecía. El problema era que esta vez no era un recuerdo vago, sino un mensaje real. Empecé a tejer una red de excusas y descargos que me protegieran de la culpa, pero aun así pasé un par de días muy jodido por el *whatsapp*.

La experiencia de Camino estaba siendo diferente a todo lo que yo había imaginado. Lo que más me impactó fueron los peregrinos. Era gente como tú y como yo, pero parecía como si el Camino les ayudara a descubrir su parte más solidaria. Se saludaban como si se conocieran de toda la vida. Incluso compartían confidencias que yo no le habría contado nunca a nadie. Por esos días se me pasó por la cabeza una cuestión en la que no había reparado. Había visto cientos, quizá miles de flechas amarillas a lo largo de todo el Camino y nunca me había parado a

pensar en quién las había pintado. Era como si llevaran allí desde siempre, pero, evidentemente, eso no podía ser así. Alguien había hecho un gran esfuerzo por mí y por el resto de los peregrinos y yo no podría darle nunca las gracias.

Según avanzaba el Camino, yo me sentía diferente. En los días siguientes recibí otros mensajes en el teléfono. La voz del chico decía que no me guardaba rencor, que le gustaría tener un padre y que quería conocerme. Por supuesto, no le contesté, pero a diferencia de lo que ocurrió con el primer mensaje, esta vez no me apeteció emborracharme. Sencillamente no le respondí. No tenía sentido asumir la paternidad de alguien veinte años después. ¿Qué le iba a decir? ¿Que su padre había sido toda la vida un cobarde y que se había dedicado a huir ante las dificultades? Preferí no responder.

Las flechas seguían marcando el Camino. Aquellas señales las habían puesto otros peregrinos para guiar a los que viniéramos detrás y ese pensamiento se quedó anclado en algún lugar de mi mente. Yo siempre he pensado poco, por no decir nada, en los demás. Nunca había tenido problemas en escabullirme cuando las cosas se torcían, aunque ello supusiera dejar en la estacada a mis compañeros. Por eso me sorprendió mucho descubrirme a mí mismo intentando encontrar la forma de emular a los peregrinos que pintaban flechas. No tenía ningún sentido acordarme de todo el daño que había hecho en mi vida, pero, en cierto modo, quería redimirme haciendo algo por gente que no conocía, pero no sabía cómo.

En estas estábamos cuando llegué a una bifurcación en mitad de un bosque. Estaba solo y me puse a buscar la flecha que indicara la dirección correcta. No la encontré. Miré y miré y fue imposible hallarla. Muchos minutos después vi una flecha diminuta algunos metros más adelante en el camino de la izquierda. Me sentí feliz y me dispuse a seguir adelante cuando, de pronto, tuve una idea. Fue como una revelación y sonreí de oreja a oreja. Era la oportunidad que estaba buscando. Giré sobre mis talones y llegué de nuevo al cruce. Cogí ramas y piedras grandes. No fue fácil, pero al cabo del rato había recopilado una buena cantidad y me dediqué a crear una flecha en el suelo indicando el Camino. Me paré a contemplar mi obra. Me sentía muy orgulloso. Era una flecha magnífica y quedaría allí indicando el

Camino para todos los peregrinos que vinieran después. Es difícil de explicar, pero por primera vez en toda mi vida, había hecho algo por los demás sin pensar en recompensa alguna y esa sensación nueva me llenaba de satisfacción.

Llegué exultante al albergue y mientras el hospitalero me tomaba los datos empecé a contarle mi proeza decorando la historia con todo lujo de detalles:

- Creo que es importante –dije poniendo énfasis en mis palabras- que los peregrinos nos detengamos de vez en cuando a poner flechas en las encrucijadas que puedan guiar a los que vienen detrás y les ayuden a no perderse.

El hospitalero me miró con condescendencia. Justo en ese momento sonó mi teléfono. Era el mismo número de los mensajes de *whatsapp*, pero esta vez era una llamada. El chico, mi hijo, quería hablar conmigo. Me puse muy nervioso y corté en seco la llamada. Noté que mi frente y mis manos empezaron a llenarse de sudor y me vi en la obligación de dar alguna explicación.

- Es mi hijo... -balbuceé-. Debe tener unos veinte años. No lo he visto nunca... Es la primera vez en su vida que me llama...

El hospitalero no perdió la compostura. Terminó de anotar los datos y en el momento de devolverme la credencial me miró a los ojos.

- Hacer flechas con piedras está bien, pero quizá quien más necesite su ayuda en las encrucijadas de la vida sea su hijo. Piénselo. Nunca es tarde.

En aquel momento el universo giró sobre mi cabeza. Dejé la mochila en el albergue y me senté en una piedra junto a un arroyo. Vi pasar grupos de chicos de la edad que podía tener mi hijo. Sentí que mi alma se desgajaba con el dolor de años de cobardía. Me vi como el hombre más despreciable del mundo. Lloré amargamente junto a aquel arroyo. Cuando mis ojos se secaron y no quedaba en ellos una lágrima más, recordé las palabras del hospitalero. Nunca es tarde.

Estuve horas junto al río dándole vueltas a mi vida. Me preguntaba cómo sería mi hijo y en el fondo tenía ganas de conocerlo, pero el miedo a sentir su desprecio me atenazaba. Al filo del anochecer, volvió a sonar el teléfono. Un pavor

salvaje y cruel me recorrió la espalda. Si descolgaba, le daría la oportunidad de volcar sobre mí el rencor amasado durante años. Huir era muy fácil. Estaba en la palma de mi mano. Bastaba con pulsar el botón que cortaba la llamada. Eso me ahorraría un sufrimiento infinito, pero quizá representara eliminar la posibilidad de conocer a mi hijo para siempre. Finalmente tomé una decisión. Acepté la llamada.

- Hola, soy Juan
- Buenas noches –la voz sonó cálida-. Mi nombre es Alfredo. No me conoce, pero creo que es usted mi padre.

Me desmoroné. No era la voz de un hombre que me odiaba a muerte, era la voz de un chico que necesitaba un padre. Hablamos durante horas. A veces se producían silencios. Los dos teníamos que poner los sentimientos en orden, pero por encima de todo había una fuerte voluntad de sacar lo mejor de nosotros mismos.

- ¿Dónde estás ahora? -preguntó-.

Miré al cielo. La Vía Láctea dibujaba un sendero de estrellas en el cielo.

- Estoy haciendo el Camino de Santiago.
- ¿Y qué tal?
- Maravilloso. Una experiencia que cambia tu vida.
- A mí me gustaría hacerlo algún día, pero quiero ir con alguien que ya lo conozca. No me gustaría perderme por esas veredas.

Un nudo me atenazó la garganta.

- Algún año podemos hacer el Camino juntos -dije con un hilo de voz-.
- Eso sería genial. Tendríamos tiempo para charlar y conocernos.

Una leve brisa me acarició la cara y algunas ranas croaron en el arroyo. Tras colgar, guardé su número de teléfono, miré a la Vía Láctea y sonreí. Aún quedaba mucho por recorrer, pero supe que estaba en el Camino correcto.

Carvajal Jara